

# ENTRE LA CIENCIA, LA PSICOLOGÍA Y LO SAGRADO

**"GENERACIÓN 4.4." , MADRID**  
*Impulsados por la fuerza del amor, los fragmentos del mundo buscan unirse para que el mundo pueda hacerse realidad.*

Teilhard de Chardin

La nueva imagen del universo y de la naturaleza humana que la ciencia sistémica y la psicología transpersonal sostienen actualmente, se homologa cada vez más a las filosofías espirituales de la Antigüedad -ya sean éstas de Oriente, África, Europa central o la América precolombina-, como lo demuestran los distintos sistemas estructurales del yoga, el budismo zen, el taoísmo, la kábala y el jasidismo, el chamanismo amazónico, el vajrayana tibetano, el shivaísmo hindú, el verdadero misticismo cristiano, la cultura azteca, egipcia o el candomblé afrobrasileño. No sólo las tradiciones orientales han explorado y revelado la experiencia de la Unidad con el conjunto de la creación, la mutua interrelación de todas las cosas, la trascendencia de la noción de un ego individual aislado -el «yo encapsulado dentro de la piel», como decía Alan Watts-, así como el significado de la vida y la muerte; en diferentes puntos del planeta han existido culturas que nos legaron una comprensión más completa de la mente y el cosmos que cualquiera de los intentos realizados hasta el momento por la ciencia tradicional y la psicología occidental. Sin embargo, nos estamos aproximando a una síntesis holística de lo antiguo y lo moderno, y una integración de tan vastas perspectivas conlleva relevantes consecuencias en la vida sobre este planeta. Paralelamente al interés mostrado por Occidente en el rescate de la sa-

biduría antigua, numerosos maestros espirituales de Oriente reformulan y adaptan los sistemas tradicionales de expansión de la conciencia al lenguaje y las necesidades de la vida occidental. El largo camino de la integración ya se ha iniciado y con ello la tendencia a movilizar sistemas dispersos de antiguas enseñanzas religiosas se ha extendido más allá de las fronteras del revolucionario epicentro que fue California.

Existe un número creciente de personas que plantean el nacimiento de una nueva era de síntesis, que involucraría un cambio fundamental en la conciencia humana y en la relación de ésta con el resto del planeta. Esta tentativa de re-unión del este y el oeste plantea un resurgimiento de ciertos principios esenciales:

- Cualquiera de nosotros posee capacidades que trascienden las que estamos utilizando en la actualidad.
- La humanidad y su entorno conforman un único sistema, una gestalt de carácter indivisible.
- Maltratamos y abusamos, tanto de nosotros mismos como de nuestro entorno, reflejando una carencia de sabiduría sistémica.
- Aún es posible que la humanidad pueda vivir en armonía con el universo; podemos desarrollar un proceso de cambio y transformación bajo la intención consciente de vivir una vida más humana, más universal, con la ayuda de la bondad, la humildad, el estudio y la caridad.

## Conciencia de Integración

La conciencia occidental no es, en modo alguno, la conciencia en general -sugería Jung-, sino más bien un factor históricamente condicionado y geográficamente limitado, representativo sólo de una parte de la humanidad. En el contexto del desarrollo actual de una nueva conciencia planetaria, se hace necesario estudiar, practicar, reintroducir y metabolizar sistemas de pensamiento más antiguos y más ampliamente desarrollados. La integración de las diferentes filosofías, antiguas y contemporáneas, puede generar resoluciones, formulaciones, paradigmas o imágenes del mundo de un orden superior, con una posibilidad mayor de comprensión de los estados de conciencia y sus realidades interdependientes.

En mi libro *El Tao de la Música*, cuento que en el Tíbet existe un Colegio de Magia Ritual que ofrece cursos sobre «*calor interno*»; el «calor interno» es una forma del yoga tibetano que otorga control sobre la temperatura del cuerpo. Los candidatos se congregan a medianoche, en pleno invierno, totalmente desnudos en un lago helado del Himalaya; al lado de cada uno se colocan camisetas húmedas y heladas, que deben ir poniéndose, una a una, a medida que las anteriores se van secando con el calor que emana de sus cuerpos; cuando llega la aurora, se examina quién lleva puestas más camisetas. El yoga oriental nos demuestra la existencia clara de poder y conocimiento superior, pero no contiene el conocimiento específico que requiere nuestra sociedad.

Uno de los argumentos de quienes consideran incompatible lo antiguo y lo moderno -el este y el oeste- radica en la diferencia esencial entre sus cosmogonías filosóficas. El paradigma científico occidental describió al universo como un sistema mecánico-material de alta complejidad, reemplazando a la filosofía y a la teología como principios directrices de la existencia humana. En un cosmos puramente mecanicista, las partículas interactúan aisladamente y como objetos separados; la materia se considera como objeto inerte, sólido y pasivo. Este paradigma newtoniano-cartesiano concibe a la conciencia, la inteligencia creadora y la vida como meros accidentes -epifenómenos-, derivados de un desarrollo material casual y aleatorio. En oposición a estas formulaciones, la filosofía noética (del griego nous, espíritu) de antiguas culturas, considera la con-

ciencia y la inteligencia creadora como atributos inmanentes, y trascendentes al mundo fenoménico («explicado o explícito», diría David Bohm), como raíces primarias de la existencia. La tradición mística oriental reconoce diferentes realidades, algunas de ellas inmanifiestas a nuestros modos ordinarios de percepción, y sólo reconocibles en estados acrecentados de conciencia, mientras que la ciencia imperante en los últimos doscientos años sólo reconoce como «real» lo que puede ser percibido por los sentidos o por instrumentos físicos de medición. Es tiempo de comprender que vivimos inmersos en una red de sistemas. La arrogancia de una perspectiva antropocéntrica coloca el camino del hombre por encima del camino del universo. Nuestra responsabilidad consiste en repensar al hombre como una unidad ecosistémica compleja que involucra y contiene la síntesis del todo. Esta síntesis reside en la Conciencia, y sólo aquel que perciba más allá del cuerpo y de la mente accederá a niveles del orden y estructuración superior. Despertar a la nueva conciencia involucra la responsabilidad en el ejercicio de la verdad. Ser consciente es percibir lo esencial en cada uno de nuestros actos y en la naturaleza de todo lo que nos rodea. De esta forma, lo cotidiano se vuelve trascendente: lo humano, divino.

## Un Paradigma Holístico

El término holístico proviene del griego *holos*, totalidad, y se refiere a una forma de comprensión de la realidad en función de totalidades en procesos integrados, cuyas propiedades no pueden ser reducidas a unidades de referencia menores. La conciencia holística concibe al hombre como un organismo, una unidad de desarrollo, algo diferente y mucho mayor que la suma de sus partes. Se trata también de una visión ecológica, e implica una transformación de nuestra visión del mundo, un cambio en nuestros pensamientos, percepciones y valores, que constituye lo que denominaremos una sustitución o mudanza de paradigmas.

En primera instancia, un nuevo paradigma conlleva una nueva visión de la realidad, pues incluye nuevas especies de información, que aportan formas de visión complementarias para toda la realidad. Un paradigma es un conjunto de teorías, valores, técnicas, modelos y construcciones

compartidas por los miembros de una comunidad, y cuyos supuestos no funcionan como hipótesis, sino como creencias estratificadas. La creencia es la insistencia en que la verdad es lo que uno desearía que fuera. De esto se deduce que un creyente sólo abrirá su mente a la verdad bajo la condición de que ésta encaje con sus ideas y deseos concebidos anteriormente. En realidad, el paradigma de la nueva conciencia sustituye su estructura de creencias por un sistema de fe (A. Watts), pues la fe es una apertura sin reservas de la mente a la verdad, sea ésta la que fuera; careciendo de concepciones previas, la fe implica una «zambullida en lo desconocido». Las creencias se aferran, pero la fe es un dejarse llevar. En este sentido de la palabra, la fe es la virtud esencial de este naciente paradigma, que conjuga en su interior la sabiduría antigua y la ciencia moderna.

El concepto de paradigma y su relación esencial con el pensamiento científico fue introducido en 1962 por Thomas Kuhn. Para este historiador de la ciencia, un paradigma es un logro intelectual capital que subyace a la ciencia y guía el transcurso de las investigaciones. Se supone que todo paradigma científico debe ser susceptible de modificaciones, refutaciones o convalidaciones, sin embargo, cuando una teoría funciona de manera eficiente por un período de tiempo, se convierte en «norma», que más allá de proporcionar un contexto operativo a un campo de fenómenos, lo restringe y pre-programa. Convertida en un marco referencial implícito para la mayoría, se transforma en el modo «natural» de ver y obrar, en la forma «razonable» de pensar un fenómeno. De este modo, nadie piensa en cuestionar o rebelarse contra algo que parece ser «el orden natural del universo». Obra como un juego de anteojeras -dice Charles Tart.

Vivimos en una época de conflicto de paradigmas, en donde se proponen paradigmas renovadores frente a otros más antiguos, y se abren nuevas direcciones en las exploraciones.

El paradigma de la nueva conciencia debe combinar diferentes enfoques en un equilibrio dinámico que implique un modelo dúctil de reflexión y pensamiento holístico.

## Paralelos y Sincronías

Los paradigmas vectores de la psicología occidental dominante en los últimos treinta años, no se basaron en la investigación del bienestar psicológico y, por supuesto, excluyeron la exploración de los estados superiores de conciencia, construyendo teorías que intentaban definir posibles cuadros psicopatológicos. De esta forma, creamos especialistas en enfermedades que proclamaron ser agentes de salud y expansión. Un nuevo paradigma debe contener también un adecuado balance de la naturaleza humana y su potencialidad, para brindar un contexto más amplio y con las menores limitaciones posibles. Esto llevará necesariamente al investigador occidental a indagar sobre las creencias relacionadas con otras culturas, referidas a la naturaleza de la realidad y la conciencia. El hombre occidental -y de cultura clásicamente «europea»- sostuvo que el constituyente primordial de la realidad que observaba era la materia; como vimos anteriormente, en las tradiciones antiguas -avaladas por la nueva ciencia- el punto es diametralmente opuesto, pues la materia es considerada como el producto de una conciencia original. Los

descubrimientos en microfísica holonómica revelan, no sólo que cada fragmento del universo se halla en sincrónica interdependencia con los demás, sino que inclusively todo el universo está contenido en todas y cada una de sus partes constitutivas. En este sentido, los objetos pasan a ser acontecimientos, «tendencias a existir», y no cosas o sustancias.

Existen principios claves presentes en la mayoría de las tradiciones espirituales de la antigüedad -corroborados por la visión dinámica de la nueva ciencia de la Conciencia-, e independientemente del contexto geográfico, histórico o cultural, se refieren, con diferentes terminologías y conceptualizaciones, a ciertas características fundamentales compartidas; desde una experiencia directa no-intelectual de la realidad, un taoísta o un místico cristiano tal vez enfaticen diferentes contenidos de esa experiencia mística, así como un budista japonés interpreta su experiencia en términos diferentes de los implementados por un budista tibetano, pero todos ellos reconocen el flujo, la totalidad y la sincronicidad como principios basales de su visión del mundo; el maestro tibetano Tilopa se refería a ellos llamándolos «principio de no permanencia», «principio de no distinción» y «principio de no causalidad». Así como la ciencia y la psicología occidental mecanicista han intentado congelar lo no-permanente, apresando lo que sólo puede existir en movimiento, libertad y relación, también han renunciado a la «totalidad» unicista, desmenuzando analíticamente todo, sin poder captar la conexión subyacente -«la pauta que conecta», diría Bateson- entre todas y cada una de las cosas del universo.

«Yo dispongo los ríos libres para toda la humanidad», reza el Rig Veda, la más antigua escritura mística, refiriéndose al flujo que recorre nuestras vidas; «en el espacio libre no existe derecha ni izquierda», dice un proverbio jasídico; «todas las almas son una», todos los seres humanos son Buda, pero no todos han despertado a la verdadera iluminación, sostiene el budismo refiriéndose a madhya, la totalidad trascendente; «el Sendero de las Almas asciende y desciende conjuntamente», poetizan los indios kogi de Colombia, refiriéndose a la unión de polaridades, a su «sol negro» que todo lo contiene. «En todas las tradiciones espirituales, el bien y el mal no existen; sólo hay luz o ausencia de luz... totalidad y ruptura... flujo y lucha» (M. Ferguson). Interpretar la naturaleza por el principio de sincronicidad -como en el caso del taoísmo- significa que más allá de una conexión causa-efecto, existe una correspondencia entre los estados simultáneos de distintos tipos de fenómenos. Existen algunas diferencias importantes entre un pensamiento sin-